

En un domingo cualquiera

Elvis Conti



En un Domingo  
cualquiera

Elvis Co

# Capítulo 1

## **(Basado en la pintura "Un día de lluvia en las calles de París" de Gustave Caillebotte)**

Las calles de París en 1881, son el ombligo del mundo.

Sigo sin entender, como parisino de toda la vida, esa extraña fascinación que sienten los forasteros, por recorrer mi ciudad como peregrinos en tierra santa, llenándose los ojos del sinuoso recorrido del Sena y su horrible torre que parece rasguñar nuestro limpio cielo; deambulando ansiosos para no perderse uno solo de sus monumentos, iglesias y edificios; y sin dejar de festejar sus plazuelas, sus cafetines y su murga tan cotidiana.

Y no comprendo tales muestras de entusiasmo por esta ciudad porque, para mi gusto, todo sigue demasiado impregnado del dulce tufillo del estado monárquico que una vez albergó, lo que para muchos resulta todavía entrañable, razón por la que, secretamente, deben guardar anhelos e ilusiones del retorno de algún otro Luis mayestático, que venga a devolverle su vieja gloria. La sola idea me crispa... ¡Siendo yo nieto de un revolucionario!

Ese último pensamiento pasa rápido. Me resulta difícil olvidar una idea que me ha ocupado toda la mañana, y que ha continuado martillándome desde hace una hora, cuando salí con Simone a caminar, como lo hacemos todos los domingos desde nuestro departamento en la *Rue de Berri*.

Y lo explico. En mi muy elemental manera de ordenar mi mente, París y yo nos parecemos mucho. Ambos fuimos jóvenes, irreflexivos y bisoños; arrojados y torpes. Luego hemos madurado y hoy nos encontramos en un momento en el que ambos añoramos recuperar un poco de esa juventud que hace rato se fue. Pero la realidad es que ya hemos comenzado ese camino sin regreso de la vejez, inicial aun, pero vejez al fin.

París, por su lado, que ya acusa escandalosamente los siglos que tiene a cuestas, en medio del hollín y del olor a cloaca que le es tan común. Y en mi caso, con los achaques y veleidades propias del burgués con 45 años que ahora soy.

Paramos por un segundo en un gran ventanal del almacén de *Hermès*, en la *Rue de Faubourg Saint Honoré*, justo cuando una lluvia, que ha iniciado pertinaz, nos obliga a abrir nuestro paraguas. Lejos de mirar los artículos que ahí se anuncian, me descubro en el gran ventanal. Me observo

detenidamente a través del chaparrón que empieza a tomar forma. Mi figura, ya ha dejado atrás al hombre alto y delgado que alguna vez fui. El sombrero de copa me hace imponente, y el jaquet y la corbata de moño me añaden un poco de distinción. Una barriga muy prometedor me redondea y me acerca mucho al aspecto de esos señores que yo solía despreciar, por representar, según los prejuicios de mi juventud, a la sociedad corrupta y opulenta que heredara los vestigios de la vieja Francia.

La verdad, no es lo único que he cambiado. Poco a poco, he transitado del feroz liberal que fui, a un conservador incipiente. Esa culpa que cargo, encuentra su origen en la consolidación de mi negocio de exportación e importación con los países del oriente y con Sudamérica. Es cierto, mi fortuna que fue alguna vez modesta, ahora me acerca cada vez más a los grandes tiburones franceses, lo que me hace, a veces inconscientemente, y otras no tanto, regodearme un poco de la bonanza y posición que mi familia disfruta. Mi sangre de origen humilde, se exalta con la victoria y el oropel que ahora nos rodea. Hace apenas 100 años ninguno de mis éxitos me hubiera alcanzado, sería tan solo un plebeyo con dinero.

De nuevo, me veo en el reflejo de aquella vidriera, y me gusto menos todavía.

Simone charla animadamente, sobre las andanzas de los dos alegres calaveras que tenemos como hijos. Dos chicos buenos que, aunque asiduos noctámbulos y sibaritas, son parte importante en mis negocios. Mi esposa insiste que ya es hora para que, al menos Henry, vaya buscando establecerse convenientemente, con una joven dentro de las buenas familias que frecuentamos en nuestro círculo. Esa idea me obliga a extraer, de mis recuerdos más soterrados, que yo mismo me casé con una intención similar. Es cierto, Simone resultó ser una mujer ejemplar y un apoyo fundamental en mis denuedos. Con el tiempo, fue inevitable quererla.

Una vez que se ha destapado el ayer, he quedado vacilante y afectado por una melancolía que hacía mucho que no me tocaba.

Hoy nos hemos seguido por la *Rue de Tronchet* y luego por la *Rue de Amsterdam*. Nunca repetimos una ruta, nos gusta improvisar en el único momento que tenemos para estar juntos. A Simone suele no pararle la boca, lo que siempre me resulta muy divertido, pero en esta ocasión no ha logrado sacarme de mi ensimismamiento. Ella, no se entera. Sigue su charla incesante, y ahora se afana en los precios de las cosas y cómo han aumentado una barbaridad en los últimos años.

La ciudad de París, en su caótico entramado de calles y callecitas, es un juego de tómbola permanente, donde nunca se sabrá con quién te vas a encontrar en medio de ese espectáculo abigarrado que reúne a tantas

personas, de tantas latitudes. Así como te puedes topar en la *boulangerie* con Víctor Hugo, o con el célebre General Bazaine paseando su tristeza por los *Champs-Élysées*. O bien, una tarde noche en el *Jardin des Tuileries*, es posible que logres ver pasar lo que queda de George Sand y, detrás de ella, hasta puedes presentir al fantasma de Chopin que la sigue muy de cerca.

Pero una de esas veces, y quizá más inesperadamente que siempre, no se trata de un ilustre parisino el que nos sorprende a la vuelta de la esquina. Sino que es posible que nos topemos con nuestro pasado. Alguien del ayer que fue tan importante, que debimos esconder en alguno de los pliegues del alma para que no escape y poder continuar con nuestra vida.

Pues bien, ya de regreso, por la *Rue de Turin*, habiendo pasado su intersección con la *Rue de Moscou*, cuando la lluvia había decaído francamente, junto con la tarde que ya quebraba sin remedio hacia la noche, y mientras Simone continuaba su risueño soliloquio sobre los hijos y el futuro. Del otro lado de la acera, en medio de un grupo nutrido de personas con los paraguas todavía en lo alto, y una calle con las baldosas aun rodeadas de agua, me encontré con un rostro del pasado. No había duda, era Marie Renard.

La vi solo por un segundo. No la seguí con la mirada por temor a que Simone notara algo. Marie no me vio. Se siguió de largo, impassible, y del brazo de un caballero calvo y elegante. Su rostro, una vez divino, acusaba impune el paso del tiempo que ahora le amargaba las facciones que hace años adoré. No vi más. No quise ver más.

Suspiré hondamente, mientras Simone me apuntaba con el dedo: la noche había terminado por caer.